

sumario

Editorial	3
Recuerdo al benemérito investigador canario don José Pérez Vidal	4
Galdós en Canarias, niñez y adolescencia del escritor iseleño en su ciudad natal de Las Palmas de Gran Canaria	6
Sabor: Las lavanderas	18
Espacios naturales de Gran Canaria	18
Jardín de cactus de Lanzarote ...	21
Noticias de la Caja	27
Algunas cuestiones relativas al léxico canario de la Ganadería ..	30
Personas	32
Bibliotecarios de Las Palmas de Gran Canaria (1860-1932)	33
Dos prelados canarios en la silla episcopal de Ycatán	38
Esculturas y retablos en la iglesia de Ntra. Sra. de la Concepción, Agaete	40

Portada:

Iglesia del antiguo barrio de San Francisco, Telde (Gran Canaria). Acuarela de Pedro del Castillo Olivares.

Los artículos publicados en AGUAYRO expresan sólo y exclusivamente la opinión de sus autores.

Recibimos muy complacidos las comunicaciones y sugerencias de nuestros lectores, pero no nos es posible sostener correspondencia sobre las mismas.

aguayro

Empresa Editora:

 CAJA INSULAR DE AHORROS DE CANARIAS

Triana, 110
Las Palmas de Gran Canaria

Impreso en:
IMPRENTA PÉREZ GALDÓS
Urb. Cebadal - Prof. Lozano, 25
Tlf. 22 24 87 - Las Palmas de G.C.

Año XX - Núm. 188
Mayo - Junio 1990
ISSN - 0212-5021
Dep. Legal G.C. 82-1970

Editorial

FIESTAS POPULARES

El verano es la estación de las fiestas en todos los pueblos de las islas y el estío festero de Gran Canaria culmina con dos celebraciones de especial significación: la fiesta del Pino de Teror y la del Charco, en la Aldea. El Pino es el festejo popular que exalta a la patrona de Gran Canaria, acontecimiento insular en el que se concurren al lugar sacro todas las comunidades de la isla. El Charco es una particular fiesta del oeste de Gran Canaria, espacio tradicionalmente aislado, que junto con la Rama representa una herencia del patrimonio folklórico prehispanico. Una es la fiesta cristiana por excelencia, la otra es la fiesta pagana, de raíz aborigen. Sus respectivos escenarios ofrecen igual contraste. Teror es casi un pueblo de montaña, de hermosas arquitecturas tradicionales, con un centro monumental verdaderamente hermoso alrededor del artístico templo construido a mitad del siglo XVIII, al que acompaña el viejo campanario de sillería amarilla. La Aldea es el valle costero, encerrado por una impresionante iconografía de esbelto acantilados, insondables retablos erigidos por las brisas marinas. Allí en donde el gran barranco llega al mar se desarrolla una fiesta que posiblemente posee antecedentes muy remotos.

Ambas festividades parecen albergar entre sí una larga distancia en su significado, aspecto que es cierto, pero que probablemente no lo es tanto si nos adentramos a contemplar sus respectivas reminiscencias. Las fiestas de la Virgen del Pino y del Charco encierran elementos naturales en sus propios significados. Aunque es una fiesta absolutamente cristiana, la de Teror recuerda antiguas costumbres del culto a los árboles. En un libro clásico de la antropología social, *La Rama Dorada*, James George Frazer recordaba hacia ya un siglo el sentido de la adoración de los árboles en las viejas culturas. Al respecto, hemos de tener presente que antes de la conquista la isla de Gran Canaria estaba cubierta de bosques y extensas masas de vegetación (laurisilva, palmerales, pinares), con árboles prominentes de los que hay todavía muestras excepcionales, como el gran pino de Pilacones. Frazer observó que en la historia religiosa de muchos pueblos la adoración de los árboles ha jugado un papel importante. En las antiguas culturas los árboles se consideraban como seres animados y se pensaba también que ellos moraban espíritus y deidades. Este fenómeno se producía especialmente con respecto a algunos árboles e incluso se pensaba que las deidades arbóreas hacían prosperar las cosechas. Sin salir de nuestra islas podemos recordar el ejemplo histórico del Garoe, un árbol al que se atribuía la aportación del agua en la isla del Hierro. El referente en Teror de un gran pino, en cuyas frondosas ramas se aparecerá después la Virgen, parece llevarnos a una significación naturalista-animista, cristianizada después de la conquista castellana, alcanzando como fiesta religiosa una raigambre popular en la historia de la isla. Como en otras tantas fiestas, el momento del año en el que se celebra parece relacionarla también con las celebraciones originales de la recolección.

Por otro lado, la raíz prehispanica de la fiesta del Charco resulta muy verosímil. Es muy posible aventurar una relación con la participación colectiva de las tareas de la pesca entre los aborígenes, tal como ha llegado casi hasta nuestros días en muchas islas polinésicas. La cita del historiador Abre y Galindo —que escribe a finales del siglo XVI— es insoslayable: “Aprovechábanse los naturales de esta isla mucho del mar. Era mantenimiento del común el pescado, que mataban a palos, de noche, con hachas de tea encendidas de luengo de la costa; y del marisco, que hay mucho y bueno en redondo de toda la isla, y hasta el día de hoy es mantenimiento de pobres. Si acaso vían andar en la costa algún bando de sardinas, que hace luego señal en el agua, como eran grandes nadadores, echábanse a nado hombres y mujeres y muchachos, y acercaban al bando de las sardinas, y ibanle careando para la tierra, dando palmadas o con palos en el agua. Y, cuando lo tenían cerca, tomaban unas esteras largas de junco, con unas piedras atadas a la parte baja: llevándola como red, sacaban a tierra mucha sardina”. Las coincidencias son evidentes. La salida al mar del barranco, con la formación de charcos y pequeñas ensenadas costeras, propiciaba la captura del pescado, conforme a esos hábitos atestiguados por antiguos historiadores y cronistas.

Teror es el punto cardinal de la insularidad. A esta hermosa Villa acude el pueblo de Gran Canaria orientado por la brújula de sus sentimientos. Allí se exalta a la patrona, a la Virgen del Pino, y junto a ello hay también una renovación de aquella canariedad que hace medio siglo promoviera nuestro pintor Nétor Martín Fernández de la Torre. El escenario festivo de la Aldea de San Nicolás es lugar de paisajes impresionantes en donde el enigmático patrimonio arqueológico revela el legado aborigen de una comarca que es, a un mismo tiempo, granero y acantilado de visiones oceánicas, y en la que el hombre supo luchar con éxito por la legítima posesión de la tierra. El Pino y el Charco son dos expresiones diferentes de nuestra antigua identidad.

